

Bajé silencioso, como siempre, la escalera del altillo. La hora de la siesta, por fin. Pasé por el cuarto de ellos; se oía la respiración de él, casi un ronquido. A ella no se la oía. Al lado, en la habitación de la beba, estaba la persiana baja. Por las hendijas pasaba la luz, que pegaba fuerte en la loza del patio de enero; por eso le vi la cara, toda sucia, apretada contra la funda de la almohada de Mickey, que él le había traído del último viaje. De nuevo se había dormido llorando. Otro capricho, seguro.

Caminé despacio hasta la puerta; abrí la de vidrio esmerilado, después la de rejas, agarrando el manajo de llaves con toda la mano; hice girar la trábex hasta oír el click del pasador. Ya en la calle, metí de vuelta el brazo entre las rejas y conseguí colgar el manajo de llaves en el extremo del vigilante de bronce.

Ahora sí corrí, todo lo que me daban las piernas, derecho por Zamudio, porque ya te veía sentado en el cordón con la cara de asco, mientras me mirabas reprochándome la espera, o quizá, las zapatillas nuevas, no sé, pero tenía que llegar rápido a encontrarme con vos. Seguí por la avenida, doblé por Chorroarín, ya no podía más, con la mano me apretaba el costado, y así medio rengueando, lo empecé a ver, plomizo aun en un día de sol como ése, maravillosamente abandonado, el Warnes, nuestro gigante.

—¿Sos idiota? ¿A qué hora pensabas venir? Claro, si tu viejo se debe dormir cada vez más tarde, entre la mujer nueva que tiene y tu hermanita.

—Hermanastra.

—Es igual. ¿Vamos?

Nos trepamos a la alambrada, y mientras pasaba la piedad del otro lado se me enganchó la remera. Dale, maricón, tirá, me gritaste, y me dio tanta bronca que la arranqué de un solo tirón. Por fin llegamos a la entrada del primer bloque, entre yuyos y montones de escombros y basura. Por ahí había que pasar para llegar a los edificios. El viejo me había contado que iban a hacer un hospital, el más moderno de América Latina. ¡Qué van a hacer! ¿Acá?, me dijiste vos. Traté de explicarte que era un proyecto de hacía muchos años, pero vos ish!!!, entrá Gonzalo.

Me colé por donde me indicaste. Unos días antes habían hecho una barrida de chorros e ilegales que se refugiaban en el albergue, y habían tapiado todas las entradas. Pero ya algunas estaban con las maderas arrancadas. Por una de esas entramos nosotros. Adentro estaba húmedo y mohoso, con ruido de goteras que habían formado unos charcos enormes, seguramente por la lluvia de la semana anterior. Las ratas que subían por los conductos hacia los pisos de arriba se reflejaban en el agua.

Nunca pensé que fuera así; vos, que me dijiste que ya habías estado, me apostaste que no me animaba a entrar. Era inmenso, oscuro, sucio. Por qué no subís al quinto, Gonza, ahí solamente van los que no le tienen miedo a

nada. Otra vez tu provocación, otra vez te iba a demostrar quién era yo, yo que no le tenía miedo ni a quedarme sólo con mi madrastra, ni a que mi papá me quisiera menos que a la llorona pecosa, ni a haberme quedado sin mi mamá. Ni al Warnes.

Subí escalón por escalón, sintiendo cada vez más lejos tu voz, tus burlas. Llegué al quinto. Me di cuenta enseguida: las ratas debían de tener su nido allí. Estaban por todos lados. Entré por una de las arcadas que daban a las escaleras. Te oí de nuevo: Bu, Gonza, Bu. Vi muchas cosas desparramadas, latas, trapos. Hundí sin querer las zapatillas en un pozo lleno de agua, que era más profundo de lo que parecía. Perdí pie y me caí. Estaba en el piso, con la remera y los pantalones mojados. Me corrió por todo el cuerpo la soledad del albergue.

Hasta que mis ojos se acostumbraron y lo vi. Estaba ahí, en un rincón, apenas tocado por el hilo de luz que entraba por una ventana. Ya no se oía tu voz, y el aire se me pegoteaba en la garganta. No pude gritar.

Cuando lo leí en el diario, supe que debía estar ahí. Te juro que me dio lástima; ya sé que no servía para nada, solamente como aguantadero de mandrágas, pero el Warnes era nuestro, y lo iban a demoler. Creo que por eso me quedé allí hasta que lo vi desplomarse como un edificio de naipes, entre mucho polvo, con gran estruendo, como el gigante que era. Me quedé agarrado a la alambrada, que ya no volvería a cruzar, pensando de qué modo abstracto, impersonal, habían escrito, en la crónica de ese día, aquello que nunca me atreví a contarte ni siquiera a vos, y por eso te enojaste y no nos vimos más.

*En los edificios que hoy se convertirán en escombros, la policía encontró en repetidas oportunidades restos humanos. El caso más recordado es el del taxista que había desaparecido y era buscado desesperadamente por sus familiares. Un policía, al advertir que una de las entradas había sido violentada, llegó hasta el quinto piso y encontró el cadáver del chofer, ultimado por delincuentes una semana antes.*

Cuando todo terminó, metí la nariz entre los alambres para quedarme con ese olor acre, que no olía desde hacía tiempo, años sin volver al barrio. Hice el ademán de alejarme y me di cuenta de que se me había enganchado un punto del chaleco, así que empecé a hacer maniobras para zafarme sin estropear el tejido. A unos metros, me miraba un tipo, que con cara de asco me dijo tirá, no seas maricón.